

# Ortega y el fenómeno de la atención

*Jorge Montesó Ventura*

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

## Resumen

---

El fenómeno de la atención es uno de los fenómenos psicológicos más presentes en la obra orteguiana y quizá, a la vez, uno de los grandes olvidados por la crítica especializada. Salvo contadas ocasiones, el fenómeno ha quedado eclipsado por ideas tradicionalmente más nodales como son la de «perspectiva» o «vida». Pero no podemos ignorar que el fundamento de dichas ideas se halla precisamente en el fenómeno de la atención. Como intentaremos mostrar en el presente artículo –mediante una revisión del tema en el marco de su pensamiento–, es en la atención donde Ortega hallará el fundamento para edificar su método perspectivista y, a su vez, donde descansa cierta posibilidad de cristalizar su doctrina, el raciovitalismo. Como veremos, será mediante la atención como Ortega consiga argumentar cómo el «yo» y «mi circunstancia» llegan a corresponderse en una directa coexistencia dando así fundamento a lo que define como única realidad radical: «mi vida».

*Palabras clave:* Atención, sujeto, realidad, perspectiva.

## Abstract

---

The phenomenon of attention is one of the psychological phenomena most present in Ortega's work and perhaps, at the same time, one of the most forgotten by the critics. Except for rare occasions, the phenomenon has traditionally been overshadowed by nodal ideas like «perspective» or «life». But we can't ignore that the core of such ideas is precisely the phenomenon of attention. As we will try to show in this article –through a review of his thought–, it is in attention where Ortega finds the foundation for his perspectival method and, at the same time, where the very possibility of his vital reason doctrine rest. As we will see, it will be through attention that Ortega succeeds in arguing how «myself» and «my circumstance» come to correspond with each other in a direct coexistence, thus giving substance to what he defines as the one and only radical reality: «my life».

*Keywords:* Attention, subject, reality, perspective.

Uno de los temas principales para la filosofía en el reciente siglo xx ha sido el estudio de la realidad en su relación con la conciencia. La obsesión por aprehender al ser en tanto ser humano ha llevado a la filosofía a atender reiteradamente la relación, o correlación, habiente entre sujeto y realidad. La intención siempre fue la de definir el mecanismo que posibilita ese acceso del uno para con el otro, que convierte la rea-

lidad en realidad vivida y, a su vez, apostilla al ser como ser humano. Este porfiado interés llevó a la filosofía, desde el neokantismo al existencialismo pasando por la fenomenología, a ocuparse de cuestiones estrictamente psicológicas. El estudio del conocimiento, de la percepción, de la sustancialidad o no de la conciencia, de las influencias culturales, son temas en los que la psicología ha ofrecido un saber experimental de alto valor para los diferentes métodos filosóficos. Estos, por su parte, no evitaron imprimir su huella en la correspondencia. Si la psicología brindó la experimentación, la filosofía trató de devolverle la moneda ofreciendo fórmulas de unidad para una disciplina que, en pleno arranque de siglo xx, vivía su más efervescente crisis epistemológica. Si comenzamos siglo heredando la anidada contraposición de dos figuras totémicas, Wundt y James, quienes alimentaban largas estelas de prosélitos y detractores, justo el año 1900 se sumaban al escenario Freud y Husserl con la publicación de *La interpretación de los sueños* e *Investigaciones lógicas*. Con ellos se inauguraban dos de las más influyentes escuelas modernas, la psicoanalítica y la fenomenológica. Pocos años después se cristalizaban los principios de la *Gestalttheorie* y en 1913 Watson publicaba *La psicología desde el punto de vista del conductista*, obra preliminar del conductismo. De este panorama no se debería excluir, ya en décadas posteriores, la aparición de la escuela existencial con Binswanger, y la posterior humanista de Maslow y Rogers. Una excitación que seguiría en alza, al menos, hasta la formación de la escuela cognitiva ya en los años cincuenta.

Ortega se formó en los albores de un siglo que nacía ya muy teñido por la psicología y que agrandaría su irización durante decenios. Como no podía ser de otro modo, de ello resultó un filósofo hondamente instruido en dicha disciplina. Empezó empapándose de las ideas de Giner de los Ríos, quien en su propuesta krausista ya solicitaba «los avances de la «novísima psicología» que estaban desarrollando Wundt, Lotze, Helmholtz y tantos otros pioneros» (Carpintero, 2001, p.187). Estudió en Leipzig al laboratorio de psicología experimental de Wundt, y en Marburgo lo hizo con Natorp. Estudió también a Husserl, a Scheler, mucho más adelante a Brentano, se interesó por Freud y su psicoanálisis y, como nos indica Silver (1978, p.95), siempre estuvo al tanto de los estudios sobre percepción de la escuela fenomenológica (Stumpf, Lipps, Katz y Jaensch, Pfänder, Schapp o Geiger) así como de los trabajos ambientalistas –avivado por su fascinación hacia von Uexküll– de Köhler y Koffka dentro de la *Gestalttheorie*.

No resulta extraño, pues, ni sorprendente, advertir en las tesis filosóficas del madrileño una fuerte y constante presencia de testimonios psicológicos para dar razón a sus argumentos, gran parte de sus fuentes rezumaban psicología. Pero quizá sí pueda resultarlo, al menos *a priori*, afirmar que uno de los fenómenos psicológicos más usuales y fundamentales en el despliegue de su obra fuera, precisamente, un fenómeno tan particular y escurridizo como es, y ya lo era, el de la atención.

Quizá resulte menos chocante si apuntamos, como hiciera Carpintero (1990, p. 50), cómo la atención representaba «un fenómeno esencial en la descripción introspeccionista de la conciencia a finales del siglo pasado. Por ella parecía pasar el eje mismo de la conciencia» y dado el protagonismo que ésta revestía en dicho periodo, justifica sobradamente el interés que toda la disciplina, fuese cual fuese su método de aproximación, tenía por el fenómeno. Estructuralistas, psicofisiólogos, funcionalistas, fenomenólogos, cognitivistas, a excepción de los conductistas toda escuela psicológica centraba, y todavía hoy apura cierto margen, su interés en la atención como fenómeno capital para el estudio de la conciencia.

Si bien fue Müller (1878), con su tesis sobre la *Teoría de la atención sensible*, uno de los pioneros en el estudio empírico sobre atención (cfr. Carpintero, 1996), y Ribot (1889) quien editase el primer manual monográfico sobre psicología de la atención (cfr. Rosselló, Munar, Obrador y Cardell. 2007, p. 61), tras ellos llegaron un torrente de investigadores que asentaron las bases de su estudio. Aunque el objetivo principal era el estudio de la conciencia y su organización, la atención pronto se convirtió en necesario protagonista para explicar tal actividad, tanto que no tardó en adquirir entidad propia como objeto de investigación. De entre el listado de estudios sobre el fenómeno que por aquel entonces se realizaban y de los que Ortega, de un u otro modo bebió, podemos referir los trabajos de Wundt (1918) sobre la dimensión de «intensidad de conciencia» –claridad en que se presentan las sensaciones– y sobre la capacidad de la misma. En ambas dimensiones, la atención resultaba un elemento fundamental por su función selectiva y estructuradora de los contenidos de conciencia –distinguiendo entre foco y campo de conciencia; entre apercepción y percepción–. En esta línea estructuralista hallamos también a Titchener (1908) quien formuló sus leyes empíricas sobre atención y acuñó el término *attensity*, aseverando que la claridad era un atributo que no dependía tanto de la atención como de la sensación (cfr. Rosselló et al. 2007, p. 61). También de él recibimos la distinción entre atención voluntaria, involuntaria y habitual. Por su parte, como estudiase Herbart a propósito de la apercepción, aun con diferente horizonte, William James (1890) se interesó por los procesos selectivos en su intención de analizar el conocimiento y los mecanismos organizativos de la conciencia. Analizó aspectos como el «interés selectivo», la motivación o los «campos de conciencia» (cfr. Gurwitsch, 1979, pp. 26-49), elementos todos ellos muy presentes en el uso orteguiano del fenómeno.

Ya en pleno siglo xx, la *Gestalttheorie* irrumpía en el campo atencional con su fenómeno de la figura-fondo, sus principios de organización perceptual o el estudio del aprendizaje entre otros contenidos. Nos arrimamos a la fenomenología husserliana y sus conceptos de «contexto» y «conexión» (cfr. Husserl, 1968 y 1976); a las derivadas antropológicas de Scheler y su noción de «atmósfera atencional» (cfr. Scheler, 1957) y, buscando ya a Ortega tras los pasos que marca Orringer (1979),

los estudios de Pfänder sobre los estados de ánimo y su afectación en la atención; de Schapp y el papel de las ideas en la «claridad mental», muy en la línea de la «preparación mental» de Külpe (1902) y la Escuela de Würzburg; o de Jaensch en su análisis de la profundidad.

Es muy amplio el horizonte de estudios que, en el primer tercio de siglo xx, se desplegaba sobre la conciencia y que, por efecto, remite constantemente a la atención. De casi todo él bebió Ortega. Fue alumno de algunos de ellos, leyó a la mayoría y –aquí uno de los grandes aportes de Ortega a la psicología– los mandó traducir a casi todos. Bien a través de la *Revista de Occidente* o de la editorial Calpe, hallamos nombres como Herbart, James, Wundt, Natorp, Husserl, Brentano, Scheler, Köhler, Koffka, también a Freud, Jung o Adler. La labor catalizadora de Ortega fue impagable, su constante vinculación a la psicología y al estudio de la psique, innegable. Es curioso advertir, como indica Carpintero (2000, pp. 14-15), cómo hasta aparece figurando como psicólogo, junto a Lafora y Sacristán, en la portada fundacional de la revista *Archivos de Neurobiología*, en la fundación de la cual estaba implicado. Para Ortega, la psicología, el estudio de la conciencia y, por tanto, de la atención, fueron elementos primordiales e imprescindibles en el despliegue de su pensamiento.

No en vano, desde un buen comienzo, advirtió ese carácter central de la atención en el estudio de la conciencia. En «Amor en Stendhal» definía a ésta como «el instrumento supremo de la personalidad; es el aparato que regula nuestra vida mental» (Ortega, 1926a, p. 582) reafirmando por ello que «en verdad, nada nos define tanto como cuál sea nuestro régimen atencional» (Ortega, 1926a, p. 579). Con semejantes aljófares advertimos raudos que el interés que manifestó Ortega por el fenómeno no fue nada desdeñable. Si en su juventud el acento acompañaba una curiosidad hacia la conciencia, *in crescendo* a medida que desplegaba su metodología perspectivista, cuando la centralidad viró hacia la idea de vida, la atención no sólo no desapareció sino que agrandó su presencia pues, como veremos, era la atención precisamente quien posibilitaba esa coexistencia entre mundo y sujeto que fundamenta la idea de *realidad radical* que es la vida para él.

Así, el papel de la atención en el despliegue del método perspectivista y, por ende, en la subsiguiente doctrina raciovitalista, resultó fundamental. Para Ortega, la vinculación o «enfrentamiento» entre conciencia y realidad se producía siempre desde nuestro *punto de vista*, desde nuestra «perspectiva», y ésta no se da sino mediante la atención. Sin atención no hay perspectiva. Ella es el lazo que permite o genera dicho modo de ver, de *mirar*, pues la atención es el aparejo que transforma el ver en mirar, en un ver activo que busca en el horizonte, que selecciona y ordena el caos de impresiones en que se nos presenta la realidad, interpretándola, disponiéndola en estructuras significativas mediante las que obtener el sentido del objeto, su *salvación*.

La atención ejerce, pues, de nexos copulativo entre el «yo» y «mi circunstancia» –«y»–. Por ello aseveramos que el papel que jugó la atención en el despliegue filosófico del madrileño fue fundamental, no sólo como un fenómeno de carácter cognitivo, sino incluso con valor ontológico, pues al centrar su interés en la vida llegó Ortega a enunciar un apotegma que bien condensa *in nuce* la intención del presente artículo: «Dime lo que atiendes y te diré quién eres» (Ortega, 1926a, p. 579).

A pesar de la centralidad que revistió el fenómeno en el pensamiento orteguiano, apenas si existe bibliografía crítica –comparada con la ingente cantidad que aglutina su obra o su figura– que haya aludido a tal relación. Seguramente sea debido a que Ortega nunca dedicó un escrito íntegro o exclusivo a dicho fenómeno, y siempre que la atención aparecía, lo hacía como un abnegado mayordomo al servicio de las necesidades imperiosas de su patrón. La presencia de la atención, como veremos, es constante en la obra orteguiana, se hable de lo que se hable, pero su papel es siempre –o casi siempre– auxiliar, como un amparo necesario para sus argumentos pero sin permiso para relumbrar, y eso le ofrece si cabe mayor importancia aunque bajo demasiada lobreguez, tanta que casi llega a desvirtuar su valor. El caso es que pocos, pese a su centralidad, han parado mientes en el papel que desempeña dentro de su pensamiento. Más allá de accidentales e indeliberadas menciones, fue Rodríguez Huéscar el primero que se las vio con el asunto de un modo frontal. En su estudio crítico *Perspectiva y Verdad*, de 1966, el castellano-mancheño estudió la idea de perspectiva en Ortega, con lo que no pudo más que tropezar constantemente con el fenómeno. Pero como quien tropieza, el cuidado que le dedicó fue más bien coyuntural, nada que ver con un análisis detallado del mismo. Para hallar un trato más esmerado deberemos esperar nada menos que a 1990, cuando Carpintero publicase el primer, aunque breve, artículo exclusivo sobre el tema donde ya hallamos las claves de lo que aquí defendemos. Nos referimos a «Ortega y la Psicología: el caso de la atención». Hasta entonces nada nuevo se añadió a lo explicitado por Rodríguez Huéscar.<sup>1</sup> No obstante, Carpintero sí advirtió el protagonismo que aquí venimos reclamando y, afortunadamente, no cesó en su empeño por evidenciarlo, las referencias atencionales son constantes en sus comentarios a Ortega, hasta otorgarle un importante acento en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (2000). Pero más allá de Carpintero, la atención parece mantenerse en cierto estado de desatención, valga la contradicción. Sólo hallamos algunos capítulos dentro de largas digresiones como es el caso de *El naufrago ilusionado. La estética de José Ortega y Gasset* (1997) de García Alonso, o breves referencias inevitables en incontables artículos sobre la relación de

1. Advertimos referencias al tema en textos críticos como Morón Arroyo, C. (1968). *El sistema de Ortega y Gasset*. Madrid, España: Alcalá. o Silver, P. W. (1978). *Fenomenología y razón vital: Génesis de «Meditaciones del Quijote» de Ortega y Gasset*. Madrid, España: Alianza.

Ortega y la estética<sup>2</sup> u Ortega y la psicología. En ellos, autores de la talla de Pinillos (1983) o Lafuente (1983),<sup>3</sup> la rodean con cierta parquedad sin poder evitarla pues, más por necesidad que por ocurrencia, todo crítico orteguiano se ve, en algún momento, abocado a *reparar en* ella aun sin, curiosamente, advertir su valor. Advertirlo, pues, recogiendo el legado que nos concedió el profesor Carpintero, es el cometido del presente artículo.

### PRIMEROS ARRIMOS AL FENÓMENO DE LA ATENCIÓN

En el primer cuarto del siglo xx Ortega estaba forjando su personalidad como pensador. Si primero lo hacía desde la escuela neokantiana, una vez descubierta la fenomenología, en una especie de resolución edípica, trató de superar la primera aún sin casarse con la segunda. Su situación transitiva se encaminaba a confeccionar un método propio que aún tardaría. Entretanto, sus intereses inquirían una salida del aciago subjetivismo que embarazaba a la filosofía sin recaer, por efecto, en ningún tipo de empirismo opositor (cfr. «Sensación, construcción e intuición», 1913). Ortega buscaba dar razón al modo en que la conciencia se abría a la realidad sin cometer los viejos errores de la filosofía. Así, frente a una realidad ciclópea, advertía Ortega una capacidad cognitiva más que limitada en el ser humano, y frente a la idea del espectador pasivo o desinteresado de antaño, definía al «yo» como un «yo ejecutivo» (cfr. «Ensayo de estética a la manera de prólogo», 1914), un «yo» que no se alcanza a sí mismo ya que *no se refiere* a ninguna cosa, pues *es el referirse mismo (at-tendere)*. Esta ejecutividad del yo descargaba, dentro del pensamiento orteguiano, un importante peso sobre la atención en cuanto dispensadora de vivencia o ejecutividad (*Erlebnis*). En «Sobre el concepto de sensación» decía Ortega: «Esta preferencia de la atención por un acto determinado en cada instante es lo que expresamos diciendo: vivimos definitivamente en ese acto» (Ortega, 1913, p. 248). Dicho de otro modo, para Ortega, vivir un acto equivalía a convertirlo en centro o eje de nuestra atención, de nuestra vida mental, con lo que aquello que vivo será aquello que en cada momento atiendo. La realidad vivida, la realidad a la que mi «yo ejecutivo» se abra será, dentro del universo todo, la

2. Además de la citada obra de García Alonso, podemos destacar, aunque su alcance ronda todo tipo de fuentes orteguianas de origen germánico, a Orringer, N. R. (1979). *Ortega y sus fuentes germánicas*. Madrid, España: Gredos.
3. Además de las citadas obras de Pinillos (1983) y Lafuente (1983), ver también: Martín, R. y De la Corte, L. (1995). El «Sistema de Psicología» de Ortega y Gasset: ideas para un proyecto de ciencia psicológica. *Revista de Historia de la Psicología*, 16, (3, 3), 249-254.; Echegoyen, J. (2002) «Sistema de Psicología». Fundamentos y tesis principales de la psicología fenomenológica de José Ortega y Gasset hacia 1916. [en línea]: <<http://www.e-torredebabel.com/OrtegayGasset/Estudios/Sistema-dePsicologia.htm>>.

parte atendida, la que alcance desde mi perspectiva, ese es el núcleo de su incipiente metodología. Esa realidad, la atendida, es la que formará mi mundo, mi paisaje, mi perspectiva, el resto quedará en segundo plano, como realidad potencial. Así pues, se puede afirmar que sin atención no hay punto de vista, ni hay perspectiva, ni por tanto paisaje. «Se olvida demasiado la humilde perogrullada de que para ver hay que mirar, y para mirar hay que fijarse, es decir hay que atender» (Ortega, 1925, p. 405).

Dada nuestra limitada capacidad cognitiva y nuestra situada disposición en el mundo, defendía Ortega que, para conocer la realidad, el sujeto debía *seleccionar* y *fijar* segmentos de la misma para emprender una labor de conversión o abstracción (cfr. «Para un diccionario filosófico», s/f), una gestión que convirtiese el caos de impresiones en que se da la realidad en entes significativos –conceptos–. Para *conocer* el mundo en torno debe, pues, el hombre interpretar, ordenar o estratificar las impresiones, *conectarlas* con el resto de significantes que alberga en su conciencia. Sólo así accede el sujeto al sentido de lo visto posibilitando su conocimiento, su *salvación*. (cfr. *Meditaciones del Quijote*, 1914).

Cuando abrimos los ojos (...) hay un primer instante en que los objetos penetran convulsos (...). Mas poco a poco entra el orden. Primero se aquietan y fijan las cosas que caen en el centro de la visión, luego las que ocupan los bordes. Este aquietamiento y fijeza de los contornos procede de nuestra atención que las ha ordenado, es decir, que ha tendido entre ellas una red de relaciones (...). Si seguimos atendiendo a un objeto éste se irá fijando más porque iremos hallando en él más reflejos y conexiones de las cosas circundantes (Ortega, 1914, pp. 350-351).

Emerge, pues, la atención como elemento estructurador, dispensador de orden y jerarquía, de interpretación; emerge como fenómeno posibilitador de sentido de la realidad al convertir la impresión en concepto. «Si no hubiera mas que un ver pasivo quedaría el mundo reducido a un caos de puntos luminosos. Pero hay sobre el ver pasivo un ver activo que interpreta viendo y ve interpretando; un ver que es mirar» (Ortega, 1914, p. 336), atender, «que significa actitud de abertura y atención a las cosas para descubrir su verdadero ser» (Morón Arroyo, 1968, 101), su sentido, su conexión, su *profundidad*:

Hay, pues, toda una parte de realidad que se nos ofrece sin más esfuerzo que abrir los ojos y oídos –el mundo de las puras impresiones–. Bien le llamamos mundo patente. Pero hay un trasmundo constituido por estructuras de impresiones, que si es latente con relación a aquél no es, por ello, menos real. Necesitamos (...) algo más que abrir los ojos, ejercitar actos de mayor esfuerzo (...). El mundo profundo es tan claro como el superficial, sólo que exige más de nosotros (Ortega, 1914, p. 335).

Y lo que nos exige es atención.

Con ello nos arroja Ortega, como bien indica Silver (1978, 148), a terrenos de una «teoría fenomenológica de la percepción (...) protogestaltista», una teoría donde la atención, configurando contornos de claridad sobre un horizonte impreciso, será fundamental para conseguir el propósito de *salvar la circunstancia*, esto es, de desvelar el sentido de las cosas que nos rodean.

Toda cosa advertida, atendida, que miramos y con que nos ocupamos tiene un horizonte desde el cual y dentro del cual nos aparece (...). [Horizonte que] vemos casi siempre en forma de desatención porque nuestra atención está retenida por tal o cual cosa que representa el papel de protagonista en cada instante de nuestra vida (Ortega, 1957a, p. 120),

pues «el atender una cosa es, a la par, desatender otras» (Ortega, 1926b, p. 494). Así, como figuras emergiendo ordenadamente de un horizonte que nos supera, la atención espolea detalles y aspectos de cada objeto para que resalten en él, itinerándolos sobre la superficie para ser fijados, para poder conservarlos e integrarlos a las vistas previas que, junto a las venideras, ofrecerán la visión más cercana posible al objeto mismo, pues «nunca vemos junta la naranja (...) [ésta] es causa de que pasemos de un aspecto a otro (...). En cada momento, nosotros sólo podemos mirarla desde un punto de vista» (Ortega, 1960, p. 368).

Por tanto, podemos reafirmar que «si una cosa existe para nosotros, si nos percatamos de ella y de otra no, es, como suele decirse, porque tenemos para ella atención» (Ortega, 1982, p. 443), porque tenemos miradas o *vistas* –itineradas– que, mediante ese *afán de comprensión o amor intelectual*, «va ligando (...) cosa a cosa y todo a nosotros, en firme estructura esencial» (Ortega, 1914, p. 313). Así, la conciencia, entendida como conciencia-de, «no es una cosa que se refiere a otra, sino que es el referirse mismo (...) el darse cuenta de algo» (Ortega, 1982, p. 407). La conciencia no es sustancia, es el acto mismo de *percatarse*, de *parar atención* sobre un objeto (cfr. «Curso público sobre Sistema de la Psicología», 1915-1916). Con ello, ofrece Ortega un modelo en el que la atención se funde con la idea de conciencia al convertir a ésta en un gesto in-tencional, en un gesto referencial. Es precisamente por ello por lo que la conciencia alcanza al objeto, por su característica atencional, y con ello conforma la única realidad para nosotros radical, la coexistencia entre el «yo» y «mi circunstancia», «mi vida». Este nexo copulativo, el «y» que une «yo» y «mi circunstancia», sujeto y mundo, que en sí mismo no albergaría significado, es –como ya apuntábamos– donde padece la atención; es el fenómeno que posibilita el sistema que será mi vida. La atención es, pues, el enlace que posibilita mi coexistencia con el resto de realidad, es el gesto activo, la tendencia misma de mi vida mental.



## ATENCIÓN ORIENTADA AL MUNDO: PERSPECTIVISMO

Vemos cómo Ortega pronto llegó a la conclusión de que la *verdadera* realidad para cada sujeto, para cada «yo ejecutivo», no podía ser otra que aquella que en cada momento alcanzase a atender, esto es, su perspectiva. Ortega, gracias a la atención, conseguía cimentar el *methodos* que tanto ansiaba, un método fundamentado en la idea del *punto de vista*. Ni escepticismo, pues, ni racionalismo: perspectivismo. En el primer tomo del *Espectador*, en 1916, aparecía ya colmadamente afianzado. El madrileño afirmaba, en «Verdad y perspectiva», que el punto de vista individual es el «único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad» (Ortega, 1916, p. 15), ya que «la realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa, fatalmente, en el universo» (Ortega, 1916, p. 16). Ortega estaba lanzando la idea de que cada sujeto se halla confinado en su propio paisaje, en su fracción de realidad, y sólo desde ella puede alcanzar un atisbo de verdad, su propia verdad. Decía: «llevad al mismo paisaje un cazador, un pintor y un labrador: los ojos de cada uno verán ingredientes distintos de la campiña; en rigor, tres paisajes diferentes» (Ortega, 1927a, p. 151). Los *paisajes* se convierten, por entonces, en un elemento cardinal para su pensamiento y en un tema recurrente en su pluma; son circunstancia salvada, realidad en perspectiva; son el mundo ya filtrado por el *corazón que reparte los acentos*, interpretado según nuestro sistema de preferencias e intereses, según nuestra cultura, lo que somos. De ahí que afirmase rotundamente: «Dime el paisaje en que vives y te diré quién eres» (Ortega, 1906, p. 55).

La atención, pues, como fenómeno, actúa escrutando el horizonte, y decíamos que lo hace guiado por los intereses de cada cual. Estas preferencias difieren en cada caso, en cada pueblo, en cada generación. De ahí que «un mismo trozo de tierra se multiplica en tantos paisajes cuantos sean los hombres o los pueblos que por él pasan» (Ortega, 1958, p. 54) o, como afirmaba en el *Tema de nuestro tiempo* (1923), nunca será «el mismo el «mundo» de la araña que el del tigre o el del hombre. No es el mismo el «mundo» del asiático que el del griego socrático o el de un contemporáneo» (Ortega, 1923, p. 192), pues cada hombre, cada pueblo, cada generación, debido a su régimen atencional, a sus intereses, vivirá su propia porción de realidad, su paisaje (cfr. *Biología y Pedagogía*, 1920; cfr. *Las Atlántidas*, 1924).

Como un inmenso panorama se halla el Universo todo, patente siempre ante nosotros; pero en cada hora sólo una porción de él existe para nosotros. La atención del hombre peregrina como el reflector de un navío sobre el área inmensa de lo real, espumando de ella ahora un trozo, luego otro. Esa peregrinación del atender constituye la historia humana. Cada época es un régimen atencional determinado, un sistema de preferencias y de proposiciones, de cla-

rivencias y de cegueras. De modo que si dibujamos el perfil de su atención habremos definido la época (Ortega, 1926b, p. 494).

Cada época, un régimen atencional y, por ende, una visión particular de la realidad. Lejos queda toda noción absolutista de la «Verdad». Para el madrileño, la «verdad» se hallaba vinculada a la idea de perspectiva, siendo por ello una verdad parcial, pero auténtica en su parcialidad, «mi verdad»; una verdad nacida de la capacidad atencional de cada sujeto, de esa peregrinación selectiva sobre el horizonte que descubre en él ciertos atisbos de significación; una verdad, pues, que se entenderá como descubrimiento, como revelación (*Alétheia*). Por ello, cada pueblo es dueño de su propia fracción de verdad.

Ahora bien, no por ello debe abandonar el ser humano la aspiración de alcanzar una comprensión del todo, ni siquiera del otro, no por ello debemos caer irremediamente en el solipsismo. Pese a ser nuestras almas como astros mudos (Ortega, 1927a, p. 152) defendía Ortega el papel que ejerce la cultura o el aprendizaje en nuestro sistema de preferencias e intereses, un sistema que, pese a las distancias, tiene una parte que «nos es común a todos los hombres gracias a lo cual reconoceremos la comunidad de nuestra especie» (Ortega, 1927a, p. 152). Como apunta Carpintero (1990, p. 57) hallamos aquí una nueva faceta del tema, la *dimensión intersubjetiva*, que «constituye en realidad un auténtico sistema atencional supraindividual». Este sistema, a través de las generaciones, mudará en su devenir histórico modulando los acentos, concatenándose época tras época, cultura a cultura. Todo ello atisba cierta posibilidad de universalidad. Ahora bien, para alcanzarla debiera ser posible primero la infinita tarea de aunar todas las perspectivas habidas y por haber. Sólo así obtendríamos lo real en su totalidad, esa ansiada «Verdad». Así avistaríamos a Dios. Decía Ortega parafraseando a Goethe: «Sólo entre todos los hombres llega a ser vivido lo humano» (Ortega, 1916, p. 16). Mientras se nos resista tal alianza, habremos de plegarnos sobre nuestro *punto de vista*, sobre aquello que nuestra atención nos permita alcanzar.

#### ATENCIÓN ORIENTADA AL SUJETO: INTIMIDADES

Un paisaje que interesó a Ortega de un modo especial fue el paisaje íntimo, la topografía interior o *intimidad* del sujeto humano. No al sujeto como parte implicada del horizonte divisado –que también lo abordó–, sino al sujeto como paisaje en sí mismo. Hablamos de ese universo que descubre el sujeto al torcer reflexivamente el gesto dejando de atender a la realidad exterior para fijarse en él, cuando se *ensimisma*.

Para verse –decía Ortega– el sujeto debe, en primera instancia, mudar sus intereses. Debe dejar de otear el horizonte, *alterado* por los posibles riesgos que la realidad

le dispensa (*bottom-up*) e interesarse por algo en su interior, sea una duda o cualquier variación propioceptiva. En otras palabras, el sujeto debe dejar simplemente de *contar consigo* mismo, como un elemento más del mundo vivido, para empezar a *reparar en* sí mismo, como figura, como individuo. Sólo así podrá darse cuenta de su existencia, torciendo el foco atencional hacia su persona (cfr. *Principios de metafísica según la razón vital*, 1932-33; cfr. *Ensimismamiento y alteración*, 1939). Tal gesto resulta, *a priori*, biológicamente anti-natural, pues no hace más que exponer la seguridad del ser humano a los riesgos exteriores. Para realizar tal torsión, pues, el sujeto debe primeramente controlar su entorno mediante la *técnica* (cfr. *Meditación de la técnica*, 1939) y a la vez educar su mecanismo atencional para tornarlo reflexivamente, lo que reviste cierto grado de desarrollo filogenético y cultural (cfr. *¿Qué es filosofía?*, 1929). Por ello defendía Ortega que era éste, principalmente, el gesto diferencial entre el hombre y el resto de seres.

Descubierta su intimidad, apelaba Ortega a un paso más, a un retorno al mundo exterior, pero esta vez bajo el priorato de una labor ética –planificada–. Tras su ensimismamiento, el sujeto retornará siempre al mundo, pero ahora, gracias al proceso reflexivo, lo podrá hacer con un plan de acción bajo el brazo, con un plan de vida (*Bauplan*). Dicho retorno arranca con otra torsión atencional, esta vez dirigida a la tarea, al quehacer (*top-down*): un volver «a sumergirse en el mundo para actuar en él conforme a un plan preconcebido; es la *acción*, la *vita activa*, la *praxis*» (Ortega, 1939, p. 304).

Sin adentrarnos en la vertiente ética vemos como, al sumergirse en sí mismo, el sujeto ha descubierto su *intimidad*. En «Vitalidad, alma y espíritu» (1924) describía Ortega, muy al estilo freudiano, su versión de la tópica íntima que el ser humano descubre al mirarse. Más allá de sus regiones, que no son trigo para esta cosecha, destacamos aquí el papel que desempeña la atención. En esta ocasión, se manifiesta como administradora, como ama de llaves que *selecciona* en cada momento qué elementos de la realidad exterior acceden o no al interior del palacio, del sujeto humano. La atención, esgrimía Ortega, espoleada por los apetitos del alma –sistema de preferencias e intereses– y a merced de los preceptos del espíritu –valores, patrones culturales, aprendizajes– abrirá más o menos el portón de la sensibilidad alcanzando aspectos concretos de realidad, quedando, por efecto, cegada a otros. La atención, pues, va creando de este modo la propia visión del mundo. Regresamos a la idea de perspectiva.

Toda esta tópica despierta una interesante brecha de valor existencial en el papel de la atención dentro del raciovitalismo, un sistema que paulatinamente vería su acento mudar de lo psicológico a la antropología filosófica. Vemos cómo, según Ortega, esa atención que obedece a las apetencias del alma y se somete a los dictados del espíritu, en su ejercicio selectivo sobre la realidad exterior arrastra consigo ciertos

reflejos de la intimidad que le han impregnado ambos agentes. Es como «un ímpetu que emerge de lo más subterráneo de nuestra persona, y al llegar al haz visible de la vida arrastra en aluvión algas y conchas del abismo interior» (Ortega, 1927b, pp. 600-601). El fenómeno atencional actúa como indicador o reflejo de nuestra intimidad, descubre nuestro interior al dejar, en su salida, un orificio simbólico por donde otear nuestros adentros, como «escotillones y rendijas por donde deslizarse a lo profundo de la persona» (Ortega, 1927b, p. 603). Por ello decíamos lo de «Dime lo que atiendes y te diré quién eres» (Ortega, 1926a, p. 579) o «dime lo que prefieres y te diré quién eres» (Ortega, 1929, p. 40), pues a través de qué aspectos de un objeto atendamos, seremos capaces de conocer qué intereses nos mueven, esto es, las pulsiones que el alma arremete y que cuentan con la venia del espíritu. Por tanto, si sabemos leer la *tendencia* entreveremos el origen.

#### LA ATENCIÓN COMO ANTICIPACIÓN

La atención responde, pues, a las apetencias del alma. Por tanto, la atención que dirige nuestra mirada hacia el horizonte a la búsqueda de su presa, debe «conocer» previamente aquello que va a vislumbrar. Lo afirmaba Ortega: el auténtico ver es un pre-ver. El horizonte de realidad, decíamos, se presenta al ver pasivo como un caos de impresiones, como un sinsentido, pero sobre el ver pasivo se da un ver activo que ordena e interpreta el caos en pequeñas estructuras significativas, un ver que es mirar, que es buscar, que selecciona partes que armonizan con su interés y que, por tanto, sabe de antemano qué quiere. Como dijo en *¿Qué es filosofía?*, «el amor busca para que el entendimiento encuentre» (Ortega, 1957b, p. 384).

Para ver, en suma, es preciso fijarse. Pero fijarse es buscar el objeto de antemano y es como un preverlo antes de verlo. A lo que parece, la visión supone una previsión que no es obra ni de la pupila ni del objeto, sino de una facultad previa encargada de dirigir los ojos, de explorar con ellos el contorno: es la atención. (...) Pero la atención no es otra cosa que una preferencia anticipada, preexistente en nosotros, por ciertos objetos (Ortega, 1927a, p. 151).

Para Ortega, la atención es una «preferencia anticipada que subjetivamente otorgamos a unas cosas en perjuicio de otras (...). No se atiende a lo que se ve, sino al contrario, se ve bien sólo aquello en virtud de preferencias efectivas, es decir, de intereses» (Ortega, 1925, p. 405). Se ve bien aquello que, por nuestro interés, se atiende. Los seres humanos no somos receptáculos vacíos que nos llenamos de realidad, no recibimos pasivamente las impresiones. Los objetos son objetos valorados, estimados, «el mundo no se compone sólo de objetos que son o no son, sino que junto a las

cosas están esas entidades (...) que no son vistas ni oídas, que simplemente son o no estimadas» (Ortega, 2007, p. 145). Somos seres intencionales en búsqueda constante de lo que nos interesa, *ad-tendiendo* hacia la circunstancia. Ese es el modo en que el ser humano conoce su entorno, su paisaje, su fracción de realidad:

el entendimiento es una linterna que necesita ir dirigida por una mano y la mano necesita ir movilizada por un afán preexistente (...) sólo se encuentra lo que se busca (...) buscar es ya tener de antemano y presumir de lo buscado. Buscar es anticipar una realidad aún inexistente (Ortega, 1957b, pp. 383-384).

A un nivel más existencial advertimos que no sólo el ver es un prever. Tras nuestra atención –óculo a la realidad– llega el resto de nuestro ser, y con la misma ley se rige también todo quehacer. Afirmaba Ortega que toda ocupación es también *pre-ocupación* o *cuidado* (*Sorge*).<sup>4</sup> De nuevo el fenómeno atencional –esta vez en modo de cuidado o concentración en la tarea– aparece gravemente implicado en el devenir existencial del ser en tanto ser humano. Según Ortega, la vida, mi vida, es un constante que-hacer, un andar ocupado en mis asuntos. Pero yo decido en qué asuntos me involucre y cómo actúo frente a ellos, pues tras mi ensimismamiento retorno con un plan preconcebido, en mi ensimismamiento me pre-ocupo. Por tanto, «mi vida antes que simple hacer es decidir un hacer –es decidir mi vida. Nuestra vida se decide a sí misma, se anticipa» (Ortega, 1957b, p. 430), por ello afirmaba que es *preocupación*, a la par que empresa.

## LA ATENCIÓN Y SUS DETERIOROS

Finalmente, no podemos cerrar nuestra revisión sin detenernos en los deterioros de nuestro fenómeno. La atención, como todo engranaje o mecanismo, sufre también de menoscabo, necesita de cuidados y mantenimiento constante, de educación y entrenamiento para no zozobrar en su delicada y trascendental tarea. Tales males no pasaron desapercibidos a Ortega. Sustentando su filosofía, del modo como lo hizo, en un fenómeno tan escurridizo como el atencional, no podía quedar indiferente a sus parafilias o excesos, sea el caso del enamoramiento, del éxtasis o de la hipnosis (cfr.

4. Es pertinente observar cómo la voz popular usa a la par expresiones como «ten cuidado» o «presta atención», «sé cuidadoso» o «sé atento». «Cuidado» y «atención» son conceptos extremadamente vinculados, pues tener cuidado de algo supone convertir ese algo en foco de atención, convertirlo en figura y dedicarle a él los mejores tratos, la mayor eficacia en la acción. Ser cuidadoso o ser atento implica pues, no sólo la puesta en marcha de las mejores facultades, sino una planificación previa de la acción para ser más eficaz en la ejecución, en definitiva, implica una pre-ocupación.

*Estudios sobre el corazón*, 1939) quizá de un modo más ocasional, de la neurastenia (cfr. *Vitalidad, alma y espíritu*, 1924) o el narcisismo (cfr. *Intimidades*, 1929), todas ellas manifestaciones de un exceso o angostamiento del campo atencional con severas repercusiones en el desarrollo existencial del sujeto.

El ejemplo de la neurastenia sirvió a Ortega para advertir de los peligros que genera, para la vida de un sujeto, que su atención quede fijada en aspectos no funcionales de la misma. Podríamos decir que el madrileño definía esta patología del sistema nervioso como un caso de ensimismamiento agudo y es que, aunque en sí misma no sea una patología que entrañe ningún mal atencional, el papel que la atención juega en el bloqueo existencial del paciente es considerable. La tendencia habitual de los neurasténicos conduce al enfermo a convertir su semiótica en el foco principal y reiterado de atención, con lo que éste no puede más que desatender el resto de elementos de su vida. «El resto de mundo parece alejarse borroso, perder realidad, y en su lugar se instala, gigantesco, formidable, el líquido drama de la sangre circulando, el golpe rítmico del corazón» (Ortega, 1924, p. 458), los síntomas en definitiva. En otras palabras, más allá de lo morboso de la patología para el vivir mismo, la neurastenia adjunta disfunciones que trascienden el propio cuerpo llegando a infectar la vida misma del sujeto. Fijada la atención en el intracuerpo, el resto de realidad se desvanece. El mundo externo, el prójimo, los planes de vida, todo queda ensombrecido en un segundo o tercer plano, oculto tras la enfermedad que se convierte en centro y figura de atención. La vida en su totalidad naufraga hacia un obsesivo ensimismamiento, una propiocepción maniática que anula el resto de ocupaciones y preocupaciones.

Otro ejemplo –el más profundo y detallado que Ortega acometió en su obra– de los riesgos que supone para la existencia, para la vida, un deterioro o exceso en la atención, es el que provoca el enamoramiento –o por igual mecanismo el éxtasis y la hipnosis, y con sus particularidades, también el narcisismo–. El enamoramiento, decimos, no fue para Ortega más que un despliegue morboso de la atención (cfr. «Amor en Stendhal», 1926). El sujeto enamorado es aquél que percibe en lo amado un atisbo de excelencia y no puede más que *pre-tenderlo*. El enamorado se siente *seducido*, *fascinado*, *encantado* por el ser a quien considera excelente. El *encantamiento*, la *fascinación*, la *seducción*, son diferentes formas de expresar un mismo fenómeno, un fenómeno que armoniza con el interés y la preferencia, una forma de atención que se manifiesta retenida, secuestrada, fijada por un atributo exótico. Por ello no dudó Ortega en tildar el enamoramiento de «un estado de miseria mental en el que la vida de nuestra conciencia se estrecha, empobrece y paraliza» (Ortega, 1926a, p. 575); como «un angostamiento y una relativa paralización de nuestra vida de conciencia» (Ortega, 1926a, p. 577) que se ve reducida al ámbito del enamorado.

En un estado normal de la atención –tal y como venimos refiriendo– nuestra conciencia se halla en todo momento ocupada por un conjunto plural de elementos

que desfilan ordenados frente nuestra mirada, distribuidos en una jerarquía, dispuestos en estratos o prioridades. El sujeto va deteniendo su atención en ellos según el valor vital que les conceda, prosiguiendo para con el resto según su interés. Así conforma el mundo el ser humano, en función de su fondo anímico. Pero en un estado de enamoramiento esto no sucede exactamente así. Con el enamoramiento se produce un estado de fascinación por el objeto amado, por un único objeto de la totalidad potencial, quedando la atención fijada en él, deteniendo su curso, desatendiendo al resto de elementos del horizonte. Con ello, «el resto de mundo quedaría relegado, distante, como inexistente (...) el objeto anómalamente atendido (...) ocuparía todo ámbito de nuestra mente y sería (...) todo ese mundo» (Ortega, 1926a, p. 578). Por tanto, una persona enamorada deja de regirse por un estado normal de la atención y lo hace por «un estado anómalo de ella que en el hombre normal se produce» (Ortega, 1926a, p. 579), algo semejante a un estado de obsesión o «manía».

Y es que, al fin y al cabo, lo que Ortega nos avisa es del fatal riesgo que corremos si dejamos que la atención se empodere o se distraiga en exceso en su función de asistencia existencial. La atención es un fenómeno de doble aspa, se mueve con intención voluntaria (*top-down*) cuando el alma anhela algo y el espíritu se lo concede, pero también obedece a un impulso distinto, involuntario (*bottom-up*), que suele venir motivado por un elemento externo que excita el alma y supera el control del espíritu. En este caso *-bottom-up-*, donde el espíritu pierde rigor, la atención naufraga desesperada buscando tierra firme en el elemento deseado, pero lo hace sin previsión, sin plan, sin censura. Este movimiento podría responder a un gesto adaptativo, de respuesta rápida a estímulos con potencial amenazante: una urgencia vital. Pero el enamoramiento, pese a comportarse de un modo tal, no es una respuesta estrictamente involuntaria, es un híbrido que confiesa ambas categorías, voluntaria e involuntaria. «Una psicología delicada de este fenómeno describiría aquí una curiosa situación de doble haz, en que atendemos, a la vez, de grado y sin remisión» (Ortega, 1926a, p. 583).

Por ello aseveraba Ortega que el enamoramiento no es más que «atención anómalamente detenida en otra persona» (Ortega, 1926a, p. 579) y una paralización de la vida de conciencia, porque es un estado que, por su obsesión, condena al resto del mundo a desvanecerse en las tinieblas de la desatención. Una atención anómala será capaz, pues, de poner en riesgo nuestra personalidad toda, ya que al perder el horizonte (la «circunstancia»), nos podemos perder a nosotros en él (al «yo»). Por esto afirmaba categóricamente Ortega que «nada nos define tanto como cuál sea nuestro régimen atencional» (Ortega, 1926a, p. 579), pues la atención –la elección de un estímulo en detrimento de otros– es un indicador fehaciente de lo que somos esencialmente, pues manifiesta nuestro sistema de preferencias e intereses, nuestros apetitos, el objeto de nuestro carácter. Ya decíamos: «dime lo que atiendes y te diré quién eres». Ésta es,

en esencia, la función fundamental de la atención en la vida humana. Como dijo en «Elección en amor»: «una *ratio cognoscendi* y una *ratio essendi* del individuo» (Ortega, 1927b, p. 618).

## CONCLUSIONES

Con el presente artículo no hemos pretendido defender una visión «panatencional» de la obra orteguiana, nada más lejos, los matices y alcances de su obra sobrepasan con creces cualquier pretensión monotemática. En nuestro caso, solamente deseábamos poner cierta dosis de luz en un aspecto de la filosofía orteguiana hasta el momento sorprendentemente poco alumbrada. Entendemos, y así hemos intentado demostrarlo, que conocer el fenómeno de la atención resulta fundamental si pretendemos entender los alcances del método perspectivista, pues resulta palmario al seguir sus publicaciones como a medida que la familiaridad de Ortega con nuestro fenómeno crece, así vemos afianzado su método y, por efecto, desarrollada su filosofía. Merced al gesto atencional, al hecho de que miramos y no nos conformamos con ver, tenemos perspectiva y, por tanto, merced a la atención el sujeto es capaz de abrirse al mundo, a la circunstancia, y dar sustancia y posibilidad a esa realidad radical que tanto embelesó el pensamiento de Ortega: mi vida. La atención es el canal por excelencia que conduce al sujeto a su circunstancia y, viceversa, permite a ésta llegar al sujeto. La idea de vida que defiende Ortega en su raciovitalismo –en tanto coexistencia– carecería de posibilidad sin la intervención de dicho fenómeno. Por ello, el estudio de la atención resulta elemental si pretendemos entender el mecanismo de apertura existencial que esconde el raciovitalismo. A pesar de ello, la atención ha sido, hasta el momento, muy poco atendida en Ortega, demasiado poco. No obstante, cada vez que se la ha intentado rescatar, esto es, cada vez que se ha *reparado en* ella, ha lucido con gran esplendor sin ocultar el orgullo de su posición en el corazón mismo de su filosofía.

Este breve repaso sobre el peso que la atención, como fenómeno, desempeña en el pensamiento orteguiano debería obligarnos a reconsiderar, en orden inverso, el papel del propio Ortega dentro de una corriente de estudios atencionales que hasta el momento ha ignorado su legado. Tras lo visto, a falta de mayor detalle, no se hace extraño situar a Ortega en una débil pero fáctica corriente que, dentro de la psicología básica, convierte al fenómeno de la atención en foco de estudio principalmente desde un prisma fenomenológico o existencial. Así lo sancionan sus influencias más notables en dicho campo –Husserl, Scheler, Pfänder, Schapp, Jaensch– y así lo muestra la cercanía de sus postulados con los de la psiquiatría existencial –de raigambre heideggeriana y, por tanto, contiguos a las ideas de un Ortega que anticipó a éste en varias ideas fundamentales–, también de la psicología humanista –con un Maslow al



que Ortega antecede y, en alguna ocasión, afila—, o más claro aún lo podemos ver si citamos a los primeros gestálticos, con quienes sí estableció una directa relación.

Quizá el excelso vuelo heideggeriano fue la principal causa que ha relegado los postulados orteguianos a cierto estado de opacidad o desconocimiento en el estudio de la atención como fenómeno. Pero si damos por bueno el papel que acabamos de citar en el estudio de la atención, especialmente por sus implicaciones ontológicas y las derivadas metodológicas, su figura, su pensamiento, el de Ortega, es, sin lugar a dudas, de necesario estudio en el campo de la atención, y así lo reclamamos desde el presente artículo. Es evidente que Heidegger tuvo a su favor el ser germano —manantial de las citadas corrientes—, y más heurístico en su exposición, lo que facilitó su alzamiento. Pero algo de responsabilidad, por no decir culpa, recae en nosotros, en los investigadores españoles, y no sólo desde la filosofía y la crítica literaria, también en el campo de la psicología arrastramos el mismo yerro, pues ninguno de sus discípulos o seguidores —salvo las honrosas excepciones referidas de Rodríguez Huéscar o Carpintero— estuvieron suficientemente al quite de advertir y perpetuar su legado en este campo de estudio, campo que todavía hoy está por trabajar, y frente al que, esperamos, sirva este artículo de nuevo arrimo.

#### REFERENCIAS

- Carpintero, H. (1990). Ortega y la Psicología: el caso de la atención. *Revista de Occidente*, 108, 49-60.
- Carpintero, H. (1996). *Historia de las ideas psicológicas*. Madrid, España: Pirámide.
- Carpintero, H. (2000). *Esbozo de una Psicología según la razón vital*. Madrid, España: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Carpintero, H. (2001). La Psicología y el «Problema de España». Una cuestión de Psicología Social. *Psicothema*, 13 (2), 186-192.
- García Alonso, R. (1997). *El naufrago ilusionado. La estética de José Ortega y Gasset*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Gurwitsch, A. (1979). *El campo de la conciencia. Un análisis fenomenológico*. Madrid, España: Alianza.
- Husserl, E. (1968). *Phänomenologische Psychologie. Vorlesungen Sommersemester. 1925. (Husserliana IX)*. La Haya, Países Bajos: Martinus Nijhoff.
- Husserl, E. (1976). *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie. Eine Einleitung in die phänomenologische Philosophie. (Husserliana VI)*. La Haya, Países Bajos: Martinus Nijhoff.
- James, W. (1989). *Principios de Psicología*. México DF, México: Fondo de Cultura Económica.
- Külpe, O. (1902). The Problem of Attention, *The Monist*, 13 (1), 38-68.

- Lafuente, E. (1983). El «Sistema de Psicología», de Ortega y Gasset. *Logos: Anales del Seminario de Metafísica*, XVIII, 51-74.
- Morón Arroyo, C. (1968). *El sistema de Ortega y Gasset*. Madrid, España: Alcalá.
- Müller. G. E. (1878). *Zur Theorie der Sinnlichen Aufmerksamkeit*. Leipzig, Alemania: Edelmann.
- Rodríguez Huéscar, A. (1966). *Perspectiva y Verdad*. Madrid, España: Alianza.
- Orringer, N. R. (1979). *Ortega y sus fuentes germánicas*. Madrid, España: Gredos.
- Ortega y Gasset, J. (1906). *Moralejas*. En *Obras Completas, I* (pp. 44-57). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1913). *Sobre el concepto de sensación*. En *Obras Completas, I* (pp. 244-256). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1914). *Meditaciones del Quijote*. En *Obras Completas, I* (pp. 309-400). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1916). *Verdad y perspectiva*. En *Obras Completas, II* (pp. 15-21). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1923). *El tema de nuestro tiempo*. En *Obras Completas, III* (pp. 143-203). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1924). *Vitalidad, alma y espíritu*. En *Obras Completas, II* (pp. 451-480). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1925). *La deshumanización del arte e Ideas sobre la novela*. En *Obras Completas, III* (pp. 353-419). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1926a). *Amor en Stendhal*. En *Obras Completas, V* (pp. 554-590). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1926b). *Dios a la vista*. En *Obras Completas, II* (pp. 493-496). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1927a). *Corazón y cabeza*. En *Obras Completas, VI* (pp. 149-152). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1927b). *La elección en amor*. En *Obras Completas, V* (pp. 597-626). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1929). *Kant*. En *Obras Completas, IV* (pp. 23-59). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1939). *Ensimismamiento y alteración*. En *Obras Completas, V* (pp. 291-375). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1957a). *El hombre y la gente*. En *Obras Completas, VII* (pp. 71-272). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1957b). *¿Qué es filosofía?*. En *Obras Completas, VII* (pp. 273-438). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.

- Ortega y Gasset, J. (1958). *Prólogo para alemanes*. En *Obras Completas, VIII* (pp. 11-58). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1960). *Origen y epílogo de la filosofía*. En *Obras Completas, IX* (pp. 347-434). Madrid, España: Alianza/Revista de Occidente, 1983.
- Ortega y Gasset, J. (1982). *Investigaciones psicológicas*. En *Obras Completas, XII* (pp. 333-455). Madrid, España: Alianza: Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (2007). *Ideas y creencias*. Madrid, España: Alianza: Revista de Occidente.
- Pinillos, J. L. (1983). Las Investigaciones Psicológicas de Ortega. *Teorema, XIII* (3-4), 495-503.
- Rosselló, J., Munar, E., Obrador, P y Cardell E. (2007). Historia conceptual de la atención. *Revista de Historia de la Psicología, 28*, (2-3), 59-65.
- Scheler, M. (1957). *Esencia y formas de la simpatía*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Silver, P. W. (1978). *Fenomenología y razón vital: Génesis de «Meditaciones del Quijote» de Ortega y Gasset*. Madrid, España: Alianza.
- Titchener, E. B. (1908): *Lectures on the elementary psychology of feeling and attention*. Nueva York, Estados Unidos: MacMillan.
- Wundt, W. (1918). *Grundriss der Psychologie*. Leipzig, Alemania: Kröner. [En línea]: <<http://www.uni-leipzig.de/~psycho/wundt/opera/wundt/GruPsych/Inhalt.htm>>.

Artículo recibido: 22-10-14

Artículo aceptado: 03-12-14

